

NOTAS DE UN LECTOR

En torno a la poesía de Meléndez Valdés.

Sensualidad.

Entre la frívola urdimbre de una gran parte de la producción de Meléndez Valdés, quedan aprisionados a veces rasgos y atisbos sensuales que destacan del convencional tejido.

Corresponden estas obrecillas a la juventud del poeta y es curioso rastrear este aspecto sincero de su temperamento, que en obras posteriores había de manifestarse.

Procuraremos con ejemplos patentizar esta observación.

En la IX de sus odas anacreónticas encontramos el primer testimonio y muy típico, pues en él mezcla sensaciones de todos los sentidos. Los labios de Dorila dejan atrás al Alba y a la rosa de Citeres. Esto es corriente en los labios de toda amada de poetas. Lo que es privativo de la poesía de Meléndez, en el aspecto que tratamos de hacer destacar, es encontrar como ilustración circunstancial de la retórica imagen versos como los siguientes:

Ora el virginal seno
al soplo regalado
de aura vital despliegue
del sol al primer rayo,
ora en subido aroma
más feliz tu nevado
seno inunde, y tu inclines
la nariz por gozarlo.

Blancura, aroma alquitarado en la boca y vivificado en el pecho, cuantas sensuales sugerencias caben en el corto espacio de ocho breves versos forman el fondo tentador de la rosa y el Alba de los labios de Dorila.

La serie de anacreónticas que titula *La paloma de Filis* abunda en ejemplos como el citado. Los arrullos, suaves caricias de plumas, picoteos del blanco animal, evocadores del beso, el pellizco, o el mordisco, dan ocasión al poeta para cien escarceos, a un tiempo cándidos y picarescos. Todo ello puede pasar por fuego retórico, mas un momento hay en que Meléndez pisa la raya de la inocencia al complacerse en un espectáculo de tal voluptuosa morbidez, que supera el tono de amaneramiento que preside todas sus anacreónticas. Fué un momento solo que produjo una odita de solos doce versos, como si hubiera temido el poeta al ampliarles mezclar esta sincerísima sensación con los demás habituales temas.

Teniendo su paloma
mi Filis sobre el halda
miré a ver si sus pechos
en el candor la igualan,
y como ella es trigüeña
y el avecilla blanca
de su pluma la nieve
a su seno aventaja.
¡Empero, yo con todo
cuántas palomas vagan
por los delgados vientos
por su seno, ay, dejara!

Este trozo de carne trigüeña y desnuda es tan típico e ilustre en nuestra pintura como raro en nuestra austera poesía vieja. Góngora es acaso el tipo más definido de poeta sensualista y en momentos Lope, cuya universalidad no excluyó este aspecto de su arte aunque fuera más esencial en su vida.

No conozco yo—y no quiere esto decir que no se conozca—la cronología exacta de las poesías de Meléndez Valdés. Puede asegurarse que estos ejemplos aducidos son de sus primeros versos.

En sus obras más graves no sería difícil encontrar alguna muestra de este género de poesía; acaso alguna escena más apasionada. Así un momento de su silva *El Sueño*. Mas esta rareza de ejemplos nos haría decidir que no era la delectación sensual característica esencial del genio de Meléndez, si la publicación del poema, o mas bien serie de poesías, *Los besos*, hecha por Foulché-Delbosc no nos hubiera descubierto sospechables y poco edificantes perspectivas de su temperamento, no exclusivamente poéticas.

Sin estos testimonios los escarceos de sus primeras anacreónticas les juzgaríamos tan solo atractivo que salva su futilidad.

Paisajes.

No ha sido entre españoles demasiado frecuente el tipo de escritor o poeta paisajistas. Ni aun en nuestra pintura. Los mejores paisajes suelen ser fondo o accesorio de retratos o humanos asuntos.

Meléndez Valdés nos ha dejado una serie de paisajes injertados en frívolos o gravísimos temas, que prueban que no era ajena su sensibilidad al espectáculo de la Naturaleza, antes bien, se estremecía con enérgica vibración ante ella.

En todos los paisajes de Meléndez Valdés es esencial el agua; agua serena y majestuosa de los ríos, agua espumante y bulliciosa de los arroyos. En ello muestra un fino instinto de artista de la Naturaleza. A un ilustre maestro y poeta—formado como Meléndez Valdés al arrullo del Tormes—he oído decir con felicísima frase que el agua es la conciencia del paisaje. Todos los plácidos paisajes que toca Meléndez Valdés con su apacible pluma, se nos manifiestan en ríos y arroyos con verdad y sinceridad que destaca de convencionales temas.

Léase un paisaje de este tipo.

Más allá el undoso río
por la ancha vega se tiende
con majestad reposada;
y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso a lo lejos
la vista inquieta detiene
y entre nieblas delicadas
cual humo se desvanece.

He aquí cómo la solemne paz del río informa todo el paisaje y cómo a su serenidad corresponden línea y color.

En los siguientes versos logra comunicarnos veracísimamente la sensación de la lluvia.

..... ¡cómo al oído
encanta el ruido suave
que entre las trémulas hojas
cayendo las gotas hacen!
*Las que al río undosas corren
agitando sus cristales
en vagos círculos turban
de los árboles la imagen.*

De nuevo el río que supo aprisionar en sus aguas la imagen de

los árboles, accidente esencial del paisaje, nos dá en el temblor de esos vagos círculos cabal *Idea* de la lluvia.

Ejemplos como este pueden multiplicarse: léase esta estrofa en que la lámina bruñida del arroyo adquiere calidad de esmalte.

Serpea entre la hierba el arroyuelo,
en cuya linfa pura,
mezclado resplandece el claro cielo
con la grata verdura.

He aquí por último un ejemplo de época más avanzada. Pertenece a la *Silva VII, Mi vuelta al campo*, poesía muy interesante porque no creo aventurado suponer una influencia o más bien sugestión de ella sobre otra del mismo tema de Gabriel y Galán, el poeta también salmantino.

El río ondisonante
entre copados árboles torciendo
engañar en su fuga circulante
los ojos que sus pasos van siguiendo
lento aquí sobre un lecho de verdura,
allí celando su corriente pura.
Cerrando el horizonte
el bosque impenetrable y arduo monte.

No creo preciso copiar más. Esta nota esencial de Meléndez Valdés merece destacarse, pues es quizá el aspecto que más le acerca a nuestra sensibilidad. Otros caracteres de su poesía tuvieron su repercusión y su superación en el período romántico: éste parece haber quedado intacto para ofrecérsenos hoy íntegro en su inmaculada virginidad.

Tópicos románticos.

No sabremos acaso nunca de un modo cierto y total qué fué el romanticismo, pero de un modo concreto y exacto sabemos lo que cantaron los poetas románticos y el vehemente acento con que lo cantaron.

Hubo algo en el tono que era puramente formal, técnico: hubo mucho más, casi todo, que era espíritu, sensibilidad libertada, arrebatado y pasión. Claro que este ímpetu irreprimido rige la forma, irregular y arbitraria muchas veces, en los poetas románticos, mas esta libertad, como todas las del arte, fué limitada, y los románticos pre-

frieron rutinariamente ciertos metros poco o nada usados anteriormente, sin muchas más razones que la de su novedad.

Meléndez Valdés adopta, si no por primera vez al menos por primera vez con resolución y constancia, metros que han de ser favoritos del romanticismo, y sirve con ellos acentos de inconfundible color romántico.

La estrofa de ocho versos heptasílabos, los cuarto y octavo agudos y los otros rimados 1-5, 2-3, 6-7, que habían de emplear tanto los románticos y culminar en el memorable *Himno al Mesías*, de GarcíaTassara, es usada varias veces por Meléndez Valdés, y sirviendo acentos como los siguientes:

Yo pierdo una inconstante,
tú un corazón sincero;
yo no sé cuál primero
se deba consolar
Sé que un tan fiel amante
no lo has de hallar, traidora;
mas otra engañadora
bien fácil es de hallar.

Otro metro famoso en los fastos de nuestro romanticismo, aquel en que Espronceda plañó su ausencia de la patria, aparece también reiteradamente en Meléndez Valdés.

Varios temas que habían de ser tópico del romanticismo son explotados por Meléndez: ello le aproxima tanto al revuelto siglo XIX que es imposible dejar de considerarle como significadísimo precursor. Mas no solo le aproximan los temas, sino que les trata con una efusión tan personal, con un subjetivismo tan exclusivo, se siente su espíritu tan presente y apasionado en sus versos, que aun tratando motivos del todo alejados de los que voy a considerar un crítico aún poco perspicaz, tendría que parar su atención en esta nota. Léase la admirable oda *De las Navidades, a Jovino* en que remoja gallardamente un viejo tópico de la poesía llamada anacreóntica.

Como no trato de apurar, ni podría hacerlo, todas las sugerencias románticas de su obra poética, trataré ligeramente tan solo algunos pocos de esos temas característicos.

La letrilla *En un convite de amistad*, si bien pertenece a una corriente de académica y amanerada poesía anacreóntica, tiene tal entusiasmo y calor, que se nos aparece mucho más próxima a los brindis de las orgías románticas que a los convencionales elogios de Baco, de las Academias. Su estribillo

Bebamos, bebamos
del suave licor
cantando beodos
a Baco y no a Amor,

no desentonaría en una frenética bacanal de Espronceda.

Las despedidas y la ausencia con su triste cortejo de añoranzas, pesares, recuerdos, temores, reconvenciones, quejas y hasta insultos, había de ser tópico sentimental explotado por los románticos, y estampa representativa del tiempo aquella de Do.é, en que la dama desde su yegua y el caballero desde su palafrén—así se llamaban los caballos—medio desarzonados se estrechaban mutuamente con los brazos, desmayada la cabeza de la dama sobre el hombro del caballero, atentos los ojos de éste en la dorada madeja suelta sobre la espalda de su señora. La elegía de Meléndez, *La partida*:

En fin, vas a partir, bárbara amiga,

con su característica objetivación, con todo su color subjetivo, es ejemplo el más ilustre mas no el único. En la elegía *El retrato*, se encuentran acentos tan inconfundiblemente románticos como en ella.

¡Ausencia, ausencia, arráncame la vida;
no de ilusión en ilusión me lleves!

Aun en género tan convencional como la égloga supo insuflar estos mismos sentimientos que constituyen el tema único de su *Zagal del Tormes*.

Ya en una oda de engañoso empaque clásico había tratado este tema con libre cordialidad.

Si al campo con la Aurora
salgo en mis largas velas a alentarme,
el aljófara que llora
viene triste a acordarme
que en lágrimas también debo emplearme.

Mas donde la partida está rodeada de un más característico misterioso prestigio, es en la de aquel desterrado (¡oh, el proscrito!, otro tema favorito del romanticismo) de su primer *Discurso*.

Por un valle solitario
poblado de espesas hayas
que a la silenciosa luna
cierran el paso enramadas,
un anciano venerable,
a quien de la dulce patria
echan el odio y la envidia
con inciertos pasos vaga,

El invierno, con su temeroso acompañamiento de desolaciones, fué la estación preferida de los románticos exaltados. No faltan en Meléndez descripciones de él ornadas de cuantas circunstancias le hacen particularmente ingrato y temeroso.

¡Oh, cuán hórridos chocan
los vientos! ¡Oh, qué silbos,
que cielo y tierra turban
con soplo embravecido!
Las nubes concitadas
despiden largos ríos...
.....
...todo fallece y desolado
sin vida ni acción yace. Aquel hojoso
árbol, que antes al cielo
de verdor coronado
se elevaba en pirimide pomposo,
hoy vé aterido en lastimado duelo
sus galas por el suelo;
las fértiles llanuras de doradas
mieses antes cubiertas, desaparecen
en abismos de lluvias inundadas,
con que soberbios los torrentes crecen.
Los animales tímidos huyendo
buscan las hondas grutas: ya e el mundo
en silencio medroso,
o con chillido horrendo
sólo algún ave fúnebre, el profundo
duelo interrumpe, y eternal reposo.

Pero aún más que estas descripciones sorprende encontrar afectos tan insólitos en el siglo XVIII, como los siguientes:

Salud, lúgubres días, horrorosos
Aquilones, salud...
...Falsos deseos, júbilos mentidos
lejos, lejos de mí...
¡Oh invierno! ¡oh noche triste!
¡Quan grato a mi tranquilo
pecho es tu horror! ¡tu estruendo
cuán plácido a mi oído!

Aún falta, con ser tan característicos estos fragmentos, un paso para el romanticismo infrene. La poesía cuyos son los versos mayores transcritos, saluda la llegada del invierno, porque este es el mes de la meditación. En los versos menores, el poeta afronta las furias invernales con el *pecho tranquilo*. Aún no se ha hecho uno de los

grandes hallazgos románticos; el de aconsonantar el ánimo tormentoso y desesperado de los poetas, con las desoladas inclemencias invernales, cómplice la noche solitaria y tempestuosa.

La presencia de Dios en los aparatosos espectáculos de la Naturaleza que hacía decir a Tassara, dirigiéndose a Albano,

Mírale, Albano y niégale, es Dios el Dios del mundo,
...Mírale en ese carro de arrebatadas nubes...
...Oye en el son del trueno su omnipotente voz

tiene como tema poético ilustre genealogía en nuestra lírica. Su origen está en Fray Luis de León—todo pasión—cuando en un sublime arranque nos muestra en una tempestad cómo

entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente.

Meléndez Valdés emplea esta y otras imágenes adyacentes, mas con tono tan siglo XIX que no resisto a invitar al lector a que haga un paralelo entre su oda *La Tempestad* y un fragmento célebre en la historia de nuestro romanticismo, el titulado del mismo modo que Zorrilla injertó en su floja leyenda *Las Pildoras de Salomón*.

Comienza Meléndez su oda con una descripción muy viva y eficaz de la tormenta. Predomina en ella un valiente tono realista y las palabras onomatopéyicas se suceden; son las mismas de los románticos, Aquilón, torbellinos violentos,

... la niebla
se lanza en un mar ruidoso
del *cóncavo* de las peñas,
caliginosas nubes,
... los relámpagos hacen
del cielo una inmensa hoguera.

A la voz del trueno siente el poeta la certeza de la presencia de Dios, el Dios terrible y vengador entre aquellas nubes

... Del trueno
la improvisa voz resuena
que al Omnipotente anuncia
a la congojada tierra.

Las imágenes que hemos de ver reproducidas en Zorrilla se suceden.

Tú eres Señor: te descubro
entre el manto de tinieblas
con que misterioso al mundo
tu faz y tu gloria velas.

Tú eres Señor; poderoso
sobre los vientos te llevan
tus Ángeles; de tu carro
retumba la ronca rueda.

Nótese este efecto onomatopéyico no inferior en su género al más logrado de la poesía zorrillesca. Acaba Meléndez su poesía implorando piedad y elevando un himno a la Omnipotencia divina.

Este mismo plan sigue puntualmente el fragmento de Zorrilla. He aquí los versos más significativos para este paralelo.

Las nubes

Los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
el orbe en las tinieblas bajo ellas va a quedar...
los relámpagos hacen perecer a las nubes,
ya de volcanes ciento los inflamados hornos...

La presencia de Dios es acusada por el poeta con la misma evidencia.

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
en esa ardiente rube con que ceñido estás...
... Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
detrás de esos nublados que bogan en tropel.
Conozco de tus pasos las invisibles huellas
del repentino trueno en el crugiente son,
las chispas de tu carro conozco en las centelias...

No es preciso copiar más. La poesía de Zorrilla es dentro de su línea fruto logrado: la de Meléndez germen indudable.

Mas el tópico verdaderamente característico del tiempo romántico es la luna, el astro suave y melancólico, de fría luz y agorero prestigio, mil veces evocado por todos los poetas, pero en los románticos confidente de sombrías penas y única compañía de las solitarias noches.

Una página deliciosa escribiría quien estudiase la evolución de la sensibilidad, en las posturas de cada época y de cada poeta ante el astro cotidiano, de poesía cotidianamente renovada. Un aspecto de tan vasta visión es posible que intentemos exponer algún día. Por ahora voy a ceñirme a algunas indicaciones. El gran invento fué individualizar la luna, hacerla persona e interlocutora de los más desatados y pasionales diálogos, buscar consolación en su femenil blandura. La gloria de este hallazgo debe conferirse a Meléndez Valdés.

Un acento aislado he encontrado en nuestra lírica artística tan intenso de tono como los de Meléndez, pero fué caso que no encontró a distancia de pocos lustros la espléndida resonancia de los

de nuestro poeta. El divino Herrera se dirigió así al astro de la noche en una famosa elegía:

Cándida luna, que con luz serena
oyes atentamente el llanto mío;
¿has visto en otro amante otra igual pena?
Mirame en este solo y hondo río
lamentando mi mal...

Meléndez Valdés repite conmovedoramente estos acentos. En su poesía de asunto bien subjetivo; *A la mañana, en mi desamparo y orfandad* comparte su soledad con la del astro pálido y consolador.

... en la callada noche al menos llora
sola su inmenso mal el alma mía;
atendiéndome pía
la luna, los gemidos lastimeros...

Esta idea adquiere plenitud en su espléndida oda *A la luna*, a la que se dirige con la misma audacia y convencimiento que pudo después Pastor Díaz. Como Espronceda, al dirigirse al sol, irrumpe nuestro poeta, dirigiéndose al astro nocturno:

Detén el presto vuelo
de tu brillante carro luminoso
¡oh Luna celestial! deja a un lloroso
mortal que lastimado
te contempla en el suelo,
en tu rostro nevado
gozarse; y tu alba lumbre
posada ver del cielo en la alta cumbre.
Djame ¡oh Luna bella
que con ojos extáticos te mire!...

El tono todo es exaltadísimo sin más rienda apenas que la regularidad de la estrofa, todavía de corte viejo. Nada falta de cuanta materia poética habían de acumular los poetas románticos alrededor de este tema, ni aun el íntimo y desgarrado grito

Luna, calma mis males
y vuelve al alma mía
la paz, la blanda paz que antes tenía,

grito que aun ha de superar en su elegía *De las miserias humanas*.

Salve, oh brillante Emperatriz del cielo
y Reina de los astros; salve hermana
del alma Sol, de mísero consuelo.

A tí me arrojo en la tormenta insana
que me abisma infeliz, a tí que amiga
oirme sabes, y acorrerme humana...

...a todos tu solícita ternura
acoge y cura su llagado seno
lanzando de sus rostros la amargura
¡Luna! ¡piadosa Luna! ¡cuánto peno! (1)
No, jamás otra en tu carrera viste,
a otro infeliz cual yo de angustias lleno.

Pongo punto final a este superficialísimo examen de unos pocos tópicos románticos en la poesía de Meléndez Valdés. Mucho puede ampliarse y profundizarse en ellos: a otro más sagaz y diligente está reservada la empresa, que hará época en el estudio de los orígenes de nuestro romanticismo. Yo tenía contraído conmigo mismo el compromiso de redactar esta nota desde el día que escribí otra también sobre la poesía de Meléndez Valdés, que titulé: *Un dato de la fortuna de «Las noches» de Young en España*.

JOSÉ M.^a DE COSSÍO.

P. S.—Puede ampliarse el estudio que Merimée hizo—muy sagazmente—sobre la poesía de Meléndez Valdés.

Habría que indagar primero las fuentes clásicas y modernas extranjeras, destacando particularmente la corriente inglesa, principalmente representada por Young. Habría de seguir una exposición de los temas ya en su tiempo convencionales (églogas, anacreónticas...) y lo que él aportó de personal a tales géneros. Tendrían que ampliarse y desenvolverse las sugerencias que ensayo manifestar en estas notas, y otras de este tono que pueden encontrarse. Este capítulo habría de merecer especial atención, pues en él se estudiaría lo más típico y fecundo de su poesía. Deberían estudiarse los temas filosóficos, filantrópicos y patrióticos, que son la parte más considerable de su obra y que la centran exactamente en el momento histórico en que se produjo.

Un capítulo merece el análisis de su técnica, e inventario de estrofas y versos que empleó.

El fondo biográfico habría de ser muy sobrio y tan sólo servir para mejor calificar y explicar su poesía. Tan fundamental sería presentar los sucesos de verdadero bulto y significación, como impertinente sepultar su figura entre escombros de fácil erudición documental.

J. M. DE C.

(1) Este verso ha sido citado al mismo propósito por *Azorín*. (V. «Clásicos modernos».—Madrid, 1913, p. 227). Me complazco en reconocer que sugerencias del ensayo cuya es esta cita, han influido decisivamente en la redacción de esta nota.